







Casa de indianos



Juan Bolea
Casa de indianos



menos**cuarto**

© Juan Bolea, 2025

Autor representado por la Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2025

ISBN: 978-84-19964-33-5

Dep. Legal: P-39/2025

Diseño de colección: Echeve

Fotografía de portada: © Peter Herrmann | unsplash

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain — Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

*Para Belén Madrazo, Belén Bolea Madrazo
y Belén Bolea Kay-Etilebong, tres mujeres
valientes y llenas de sueños*

No sé en qué año estoy
y han salido mis padres de la casa
con los brazos abiertos
me besan,
les sonrío,
me miran
—y están muertos—,
y de nuevo les beso.

FRANCISCO BRINES (Del poema
«Reencuentro»)

Viernes, 28 de octubre de 2022, 20:00 h

A las ocho de la tarde de aquel viernes 28 de octubre de 2022, cuando se levantó el telón en el Teatro Español de Madrid, Manuel Martínez Farriols, el conocido dramaturgo y autor de *Paraíso vendido*, obra suya a punto de estrenarse, estaba muy nervioso.

No debería sentirse así porque durante semanas habían ensayado a fondo y la calidad de la comedia con que iba a sorprender a los espectadores quedaba, a su juicio, fuera de duda, pero tradicionalmente, en su ya larga carrera teatral, cada estreno hacía latir a saltos su corazón y aquel no iba a ser una excepción.

Por otro lado, había cambiado de registro, incluso de estilo. Debido a esa inseguridad, y a que faltaban pocos minutos para que se alzase el telón, Manuel sintió que le faltaba el aire y tuvo que levantarse del patio de butacas al cuarto de baño. Allí se refrescó la cara, bebió del grifo como si fuese un náufrago y se obligó a respirar pausadamente hasta que su lívida cara recuperó un poco de color.

—¿Te encuentras bien, Manolo? —le preguntó su socio, Luis Sánchez, cuando hubo regresado a su asiento en la platea.

—Perfectamente, Luis.

—Pues no lo parece... Antes te habías puesto blanco como un fantasma y ahora rojo como un demonio. ¿Nervioso?

—Un poco.

—También yo.

—¿No eras el hombre de la cabeza fría?

—Y más vale que lo siga siendo, por la cuenta que le trae a nuestras cuentas.

—¿A cuento de qué viene ese juegucito de palabras, Luis?

—La venta de entradas no está yendo nada bien. Apenas he conseguido cerrar actuaciones fuera de Madrid. *Paraíso vendido* puede costarnos dinero. Aunque por razones distintas a las tuyas, también yo estoy nervioso.

—No seas gafe, Luis. ¡Va a ser un éxito! La obra es espléndida. La mejor de las mías. Y los actores están fantásticos. En especial, ella. ¡Qué gran descubrimiento!

—¿Te refieres a Elvira?

—¿A quién, si no? El público se rendirá a su talento, ¡lo vas a ver!

—Ojalá, Manolo, ojalá... Artísticamente, *Paraíso vendido* es una joyita, pero se aleja de lo que has venido haciendo estos años atrás, de la comedia de enredo, del melodrama... Nuestros espectadores están acostumbrados a pasárselo muy bien, a reírse a carcajadas, pero, de repente, sin venir a cuento, y sin que nos salgan las cuentas, los vamos a descolocar con este nuevo registro tuyo. Bastante más elitista y un tanto pretencioso, intelectualmente hablando, si me permites la observación...

—No es el momento, Luis. Con esa actitud podías haberte quedado en casa, la verdad.

—Te dije que corríamos riesgo, pero no me has hecho caso y ahora es tarde... En fin, sea lo que Dios y *Esquilo* quieran...

A pesar del negro pronóstico de Sánchez, dos horas después la felicidad rebosaba en el rostro de Manuel Martínez Farriols. Como si lo hubiera hecho de alguna mágica manera, se había materializado en el escenario y desde el proscenio saludaba junto a su aclamado elenco. El público, parte puesto en pie, los ovacionaba. Se oían ¡bravos! y los aplausos estallaban como salvas con mensaje a gloria. Manuel mantenía aferrada la mano de Elvira. Sobre el escenario, entre más aplausos y ovaciones, ella le susurró: «Jamás lo hubiera conseguido sin ti».

En el cóctel que se sirvió a continuación en un *pub* cercano siguieron mirándose con ternura y besándose sin disimulo.

—Me ha asombrado tu versatilidad —le rindió tributo otro director, Lucas Mellado, con quien Martínez Farriols había rivalizado en la escena madrileña, para acabar fraguando una resignada amistad.

—Nos ha sorprendido esta vena trágica tuya. Ignorábamos que, además de reírte de todo y de hacernos sufrir riendo, también sabías sufrir y hacernos disfrutar con el sufrimiento —le comentó un decorador que no solía perderse sus estrenos.

—Me has hecho llorar, Manolito —le confesó su hermana, a la que veía de ciento en viento.

—¡Enhorabuena, Farrriols, ha alcanzado usted hon-
dos niveles de profundidad psicológica! —le reconoció un
pedante crítico que no siempre había sido benévolo, y en
cuyo tono Manuel creyó advertir cierta decepción, como si
el éxito del estreno le impidiera firmar una reseña negativa
y lo lamentara por ello.

—Elvira Aguirre es un monstruo de la escena —le co-
mentó la directora de un suplemento cultural con la que
Manuel había tenido una aventura—. Y es tu pareja, ¿no?
¡Una belleza! No la pierdas como amante ni como actriz.
Tú verás el orden, pero hazme caso.

Tal vez porque estaba recordando este último consejo,
al llegar a su casa a las tres de la madrugada, el dramaturgo
dijo a la actriz:

—Me han recomendado que no te deje escapar, Elvi.

—No pensaba irme a ninguna parte, Manolo.

—¿Qué sería de mi vida sin la tuya?

—¿Quieres saber lo que son nuestras vidas? —Había
sonreído, encantadora y exaltada, ella—: Una.

Fue cierto haciendo el amor: fueron uno. Sintién-
dola en cada poro de la piel y susurrándole palabras de pasión,
Manuel no encontró más para describir la felicidad.

«¿Qué otro nombre podría tener? ¡Elvira!», se con-
venció respirando en la piel húmeda y en el cabello de su
amante un aroma a talco e infancia.

«El olor del tiempo», pensó.

Sábado 29 de octubre, 3:49 h

Manuel había quedado con Luis Sánchez a las nueve. Como no tenía más remedio que levantarse temprano, puso el despertador a las ocho. En el instante de cerrar los ojos, el reloj marcaba las tres y cuarenta y nueve minutos de la madrugada del sábado.

Dio un último beso a Elvira, apagó la luz y se quedó dormido.

Un poco más tarde, despertó de golpe. El dormitorio estaba sumido en la oscuridad. Le faltaba el aire, como si se ahogara.

¿Dónde estaba? No lo sabía.

¿Quién era él? Tampoco lo sabía.

Un sudor viscoso le cubría el torso y una desconocida e incontrolable sensación de terror le disparaba el corazón. Durante un angustioso paréntesis le costó distinguir si estaba despierto o seguía soñando. Hasta que su mano no encontró el interruptor de la lamparita de la mesilla, nada se aclaró. ¡Seguía en su cama, por supuesto! ¿Dónde, si no? Junto a él, dormía Elvira. ¿Quién, si no?

Poco a poco fue respirando, serenándose. Pero, de pronto, se dio cuenta de algo muy curioso: el reloj «solo» marcaba las cuatro y un minuto de la madrugada. ¡Apenas

había dormido diez escasos minutos! A juzgar por la intensidad de sus sueños, juraría haberlo hecho durante horas.

Según comenzaba a recordar, aunque todavía muy vagamente, había soñado con cosas poco agradables. Las copas de la fiesta debían de haber provocado sus pesadillas, esa tenía que ser necesariamente la explicación.

Con mucho cuidado para no despertar a Elvira se quitó el peto del pijama, se puso una camiseta limpia y fue a la cocina. Tenía muchísima sed. Sacó de la nevera una botella de agua helada, se sirvió un vaso y la bebió con avidez.

La esfera del reloj de pared reflejó su cara hinchada por la misma sensación de pánico con que había despertado. Pero, ¿a qué le seguía teniendo tanto miedo? Fuera a lo que fuese, no lograba apartar de sí una malsana sensación que no solo no desaparecía, sino que se manifestaba con más y más agudeza. ¿Qué se la seguiría provocando? No podían ser solo las copas. ¿Hubo algo en sus recientes sueños como para perturbarle? Sí, desde luego que lo había. Espectrales seres habían aparecido en su mente dormida. Eran fantasmas atrapados en mundos de sombras, en casas abandonadas, en polvorientas buhardillas donde acechaban la violencia y el crimen.

«Solo ha sido un sueño», se dijo. «Olvídalo.»

Intentó eliminarlo de su mente, pero sus imágenes parecían habersele grabado a fuego. Dueñas de vida propia, regresaban a su cabeza tan nítida y vívidamente que no le costaba nada recordarlas. No eran imágenes absurdas, como en la mayoría de los sueños, sino muy lógicas. ¡Tanto, que parecían reales! Además, aparentaban ajustarse a un